

RESEÑAS

MEDINA ECHAVARRIA, JOSE,

Discurso sobre política y planeación, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México, 1972, 231 pp.

Se puede afirmar que la planeación da sus primeros pasos en firme al finalizar la Segunda Guerra Mundial, al igual que las ideas en torno al concepto de desarrollo.

En efecto, el mundo de la posguerra estuvo caracterizado, entre otras cosas, por un replanteamiento de las técnicas políticas y económicas de los gobiernos nacionales. Se configura así la planeación, como el instrumento capaz de ofrecer opciones científicamente elaboradas a quienes tienen en sus manos los últimos niveles de decisión en el plano de su universo, buscando desplazar de sus acciones y determinaciones el desperdicio irracional de recursos y la postergación consciente o inconsciente de los intereses prioritarios.

José Medina Echavarría, asiduo investigador en el campo socioeconómico, nos presenta en este pequeño volumen, tres ensayos ligados entre sí, por su preocupación de analizar la política y su instrumento de racionalidad: la planeación.

Situado básicamente en América Latina, señala el autor las grandes inquietudes por renovar y avanzar firmemente en el proceso de desarrollo económico y social.

La determinación de “los métodos o modos de proceder que son posibles en el hacer cotidiano del hombre en las tareas del desarrollo” (p.5), es uno de los puntos de mayor importancia en el quehacer y el pensamiento de aquellos interesados en el proceso de renovación de América Latina.

Pero una de las mayores dificultades se presenta al diversificarse la orientación o los planteamientos, produciendo fuertes enfrentamientos entre quienes, a partir de categorías teóricas, desean establecer “generaciones válidas para diversas situaciones y tiempos...” cuando lo más lógico sería partir de situaciones históricas concretas.

Considera el autor que las funciones del poder político en relación con la actividad económica, son tres: la función de estímulo, la función distributiva y la función integradora. Es esta última donde se entrelaza directamente la planeación, ya que esta función “alcanza su expresión más definida en las formas actuales de la planificación, cualquiera que sea su naturaleza” (p. 21).

El poder político de las naciones latinoamericanas no fue ajeno al impulso mundial de la posguerra de considerar que los países poderosos eran el modelo y guía para el proceso de crecimiento y los planes a seguir. La gran contradicción este-oeste dio un viraje para convertirse en la contradicción norte-sur. El sur, retrasado y tradicional, frente a la modernidad del norte. La consigna era acelerar el proceso de modernización, cuya meta y modelo era el desarrollo ofrecido por los países avanzados.

De, esta manera surge la idea de la movilización como el procedimiento para el desarrollo económico con relativa rapidez y con una participación efectiva de la mayoría de ciudadanos.

Se pregunta luego el autor, como forma introductoria, si es posible la planeación y de qué manera, dentro de un régimen representativo, “dando ya por supuesto y aceptado que la democracia se configura en sus mecanismos políticos constitutivos y que el desarrollo se ofrece a través de las fórmulas técnicas de la planeación” (p. 54).

A partir de su interrogante, describe el fuerte parentesco entre democracia representativa y planeación, lo cual obviamente vislumbra las facilidades que ello implica para que opere la planificación en esos sistemas políticos. Ciertamente, nos dice el autor, se han desarrollado dos fuertes tendencias: 1) la que considera la planeación como un mecanismo que propicia el incremento de la tasa de crecimiento económico, y 2) la que considera la planeación como instrumento de transformación social; y sin embargo, este enfrentamiento se diluye al comprobarse que el orientar económicamente la planeación trae aparejada una serie de repercusiones políticas, y viceversa. “Es probable que algunos consideren algo forzada la tensión entre la planeación para el cambio y la planeación orientada por la tasa de crecimiento. Aún suponiendo que sólo importe ésta, parece

indudable que no podrá lograrse sin repercusiones inmediatas en la estructura social” (P. 110).

Inicia, en seguida, el “examen concreto de las formas particulares en que se ofrece la organización de la planeación” (p. 113), considerando que, lo más importante es encontrar una forma de racionalidad efectiva en cualquiera de las actividades planificadoras. Toma como base la tipología de Pirker y analiza la planeación burocrática, la planeación tecnocrática y la planeación democrática.

Respecto a la planeación burocrática, señala Medina Echavarría que no puede negársele a la burocracia su papel de soporte principal de la planeación en tanto que centro depositario del saber y del mecanismo del hacer. Es indiscutible la necesidad de poseer información para la toma de decisiones, y personal capacitado para operar la decisión; la burocracia posee dichos elementos. Ahora bien, en cuanto a su racionalidad “la nota esencial ... consiste en la naturaleza de su peculiar competencia -en la aceptación de capacidad-, es decir, en el manejo de los procedimientos necesarios” (p. 119). El obstáculo más fuerte para este tipo de planeación nos lo da la generalmente necesaria remodelación de la acción en su proceso, la cual, “escapa inevitablemente a la típica racionalidad burocrática”, poco imaginativa.

La planeación tecnocrática entendida literalmente, sería la dominación plena de los tecnócratas en el último nivel de decisión en un gobierno. Hasta ahora, al parecer, nunca se ha dado, y en última instancia sería un poco el peligro de este tipo de planeación. La forma en que se manifiesta, es a través de la ubicación del tecnócrata como el experto, científico o consejero y el gobernante como el político que decide en última instancia los actos de gobierno. Sólo en caso que estos consejeros “reclamen en su favor una competencia plena para plantear metas y fines, se acerca propiamente a la actividad monopolista que hace del tecnócrata el verdadero depositario de la planeación” (p. 127).

La planeación democrática va aparejada con el sistema político en los países con gobierno democrático representativo. Evidentemente la plantación no se realiza con la participación masiva, sino a través de los órganos de representación o las dependencias creadas para tal efecto por el propio sistema de gobierno. Lo ideal sería que participara el mayor número de personas poseedoras del conocimiento, cada una a su nivel, aunque obviamente no todos tendrían el mismo peso en la toma de decisiones; esto permitiría “salvar a la plantación democrática en sus condiciones reales sin caer en la tentación de la pretensión utópica” (p. 147).

El autor hace también una incursión en el análisis de las formas de racionalidad, la lógica de la ciencia y la lógica de las decisiones, el proceso de la ciencia. La ciencia como el instrumento crítico de máxima eficacia y la relación entre teoría y praxis, en cuya médula “se encuentran las condiciones de posibilidad de un cambio histórico racionalmente influido, que únicamente se alcanza cuando se conocen las determinantes efectivas que impiden realizar tanto la imagen del futuro anticipado como aquellas otras condiciones que deben ser modificadas o aportadas” (p. 167).

El planificador es un hombre de ciencia, “un experto que ofrece ‘modelos’ o elabora estrategias” (p. 173), pensando a largo plazo -en el futuro-, pero sin “entregarse al ensueño, sino al frío enfrentamiento de las realidades en que vivimos” (p. 183).

El enigma del futuro ha conducido a los hombres a dar los pasos para crear “la futurología como ciencia (que) se está forzando por construir sus propios métodos” (p. 221), buscando atenuar de algún modo la “conocición del futuro” que ya se vislumbra caótica en muchos terrenos de la actividad humana.

La tarea de la planeación se impone como un imperativo actual que clarifique objetivos, caminos y métodos de acción. El desperdicio de recursos productivos -en forma de subutilización de factores y capacidades de producción ya disponibles o de desocupación de fuerza de trabajo-, los “embotellamientos” causados por la expansión insuficiente de algunos sectores, los factores institucionales que anulan o debilitan la reacción de otros, frente a estímulos propiamente económicos, los desequilibrios persistentes y las presiones inflacionarias, constituyen entre otras algunas de las manifestaciones más visibles de un desarrollo ‘espontáneo’¹ y a las cuales no es ajena América Latina.

Pero aún más, las características propias de este continente, a nivel político, económico e ideológico, exigen de los planificadores una clara conciencia de la propia realidad histórica. Continuar con los impulsos de

¹VUSOVIC, PEDRO, Técnicas de Planificación, ILPFS, México, 1973.

desarrollo a partir de los modelos ofrecidos por los países avanzados, nos llevaría a negar esa realidad histórica, y a acrecentar el profundo abismo entre el Tercer Mundo y los países poderosos. El sistema socioeconómico imperante tendrá necesariamente que cambiar, la imaginación, el realismo y los factores socialmente necesarios darán la pauta del nuevo sistema, pero aportarán también los criterios de plantación a corto y largo plazo.

Y si reconocemos que la educación deberá desarrollarse paralelamente a los planes de desarrollo socioeconómico, pero tratando de dar los primeros pasos en las formas de vida y sistemas de relación futura, la planeación basada en la imaginación, el realismo y los factores socialmente necesarios, será su primera exigencia de efectividad.

ROBERTO ARIZMENDI.